

ENTREVISTAS

Entrevista a José Quintero*

Por: CARLOS GARCIA DE PAREDES

La cita era a las cuatro y media y nos habíamos adelantado unos instantes. La grabadora magnetofónica estaba preparada y sólo esperábamos la llegada de José Quintero, el gran director panameño que tantos triunfos ha dado a su país en el campo del arte. Su hermana, la joven y hermosa Carmen de Arosemena era nuestra gentil anfitriona. Había refrescos en la mesa de centro. La sala estaba decorada con exquisitez. En una esquina de la pared, recogiendo el reflejo de la luz del atardecer que se filtraba por las ventanas, cuadros de pintores nacionales cobraban nuevas dimensiones.

—Ya no demora... —nos empieza a decir la señora de Arosemena cuando José Quintero hace su entrada al recinto.

La primera impresión fue buena. Desde las "primeras de cambio" nuestro entrevistado define su personalidad de hombre sencillo y afable. Y hasta diríamos que es tímido, con esa timidez que los verdaderos valores tratan de esconder en la ambigüedad de un gesto.

¿Qué lo trae a Panamá?

—Mi familia... mis amigos...

—¿Lo veremos dirigir aquí?

—No me han invitado.

—¿Es usted muy caro?

—¡Ah, no! Ese no es el problema porque incluso lo haría por nada. Es sólo que no me han invitado.

(*) Aparecida en el semanario "EL REDONDEL" de México, 22 de abril, 1962.

—¿Y si lo hicieran?

—Vendría encantado.

—¿Condiciones?

—Mínimas. El asegurarme de la existencia de un buen resultado.

—¿Con cuál obra?

—Como estamos hablando en hipótesis no sabría decirle. Pero desde luego sería algún español, mexicano o panameño.

—¿Cuál es la obra ideal para dirigir?

—La que más le guste al director. El debe sentirse física y emocionalmente envuelto en las fuerzas de esa obra. Además hay otros detalles: que exista un productor capaz de poner a su disposición lo mejor de lo mejor; que haya armonía entre director y artistas, eliminación de circunstancias que puedan inhibirlo. En fin, toda una serie de factores que harán posible el triunfo... "el corte de orejas"... Por eso saludo enormemente a Rogelio Sinán. Yo no tengo que preocuparme del aspecto económico ni publicitario de la producción. El no sólo debe hacerlo sino que también se encarga del aspecto social. El trabajo de Rogelio es cien mil veces más difícil que el mío. ¡Pero, él sigue...!

José enciende un cigarrillo y ofrece. El ingeniero Fernando Calvo, a quien debemos la presentación, acepta uno. Llegan un visitante y la entrevista se reanuda.

—¿Se acerca la producción de "Largo viaje del día hacia la noche" a ese ideal?

—En cierto modo. Desde luego, ha sido mi mayor triunfo. Pero he tenido otros como: "Verano y Humo", con Geraldine Page; "El Hielero", con Jason Robards, Jr., "En la casa de Veraneo", con Judith Anderson, de quien se ha dicho que es muy difícil sobrellevar y con quien no he tenido jamás el menor tropiezo... ¡Sí! No hay duda que el "Largo Viaje..." fue mi mayor éxito, porque para comenzar, creo que es la mejor obra de teatro escrita por un norteamericano en la historia de los Estados Unidos.

—¿Qué está haciendo Ud. ahora?

—Acabo de estrenar en el teatro Henry Miller, de Broadway, la pieza titulada "Gran día en la mañana".

—¿Hubo suerte?

—Cuatro periódicos enzalzaron y tres dividieron opiniones. Pero en general, todos hablaron bien de la puesta.

—¿Qué hará después?

—Dos películas basadas en asuntos de Carson McCullers: "El corazón es un cazador solitario", que será filmada en Nueva York y en el Sur de los Estados Unidos y, otra que se "rodará" en California.

—¿Qué le causa más placer dirigir, teatro o cine?

—Ambos me gustan, aunque son dos campos distintos. Vivien Leigh, a quien considero una de mis grandes maestras reconoció esta diferencia. En el teatro uno proyecta el mensaje del autor en mosaicos del tamaño de los de este piso, grandes, pues deberá "viajar" desde el escenario hasta el foso de plateas. En el cine, debido a que la cámara todo lo exagera, el mismo retrato deberá hacerse en mosaicos pequeños. Si una actriz da de sí lo mismo al teatro que al cine, la película no podría verse... sería todo tan exagerado que limitaría con lo monstruoso.

—¿Se hace ahora mejor cine que antes?

—Difícil pregunta. El cine antiguo nos ha dejado grandes y verdaderas joyas. Recuerde, habla usted de Chaplin y de Garbo. Pero tampoco se puede soslayar que el medio era nuevo, de horizontes amplísimos, inexplorados; había un gran entusiasmo e interés...

Con un movimiento de muñeca casi imperceptible, José Quintero hace girar el hielo del refresco. Tomó un sorbo al fin.

—...En mi opinión, el cine empezó a declinar al final de los años 30, especialmente cuando el cine europeo irrumpió en los Estados Unidos vistiendo ese ropaje neorrealista con el que tocó exitosamente a las puertas de los pequeños hogares. La producción de Hollywood, tomada de sorpresa, reaccionó y ahora ha hecho una revisión de conceptos y una investigación de las cualidades de aquellas cintas. El resultado ha sido claro: ya empieza a templarse en una corriente a la que no se habría atrevido asomarse hace esca-

samente cinco años. El público ya no quiere contentarse con temas folletinescos y exige una tónica afín a la época, un patrón más identificable al impuesto por Europa.

—¿Existe el teatro fotográfico?

—Creo que no. Eso sería medirlo por medio del reloj, y el teatro es realidad, realidad no concentrada. Así, aunque una obra se desarrolle o dé la impresión de ocurrir en un lapso de veinticuatro horas, como "El largo viaje...", hay que pensar en otra medida. En el teatro, en **mi teatro**, yo pienso en términos de presente, pasado y futuro. Yo pienso en una dimensión que llamo experiencia. El verdadero teatro está regulado por el ambiente dramático y lírico de la obra y, naturalmente, por los demás ingredientes que hacen posible, sin concentrar, meter en el marco de dos horas y media, el tema de toda una vida.

—¿Qué consejos le daría usted al autor nacional?

—Lamentablemente no conozco su obra. O no la publican o no me la hacen llegar. Pero sí conozco el medio. Recuerdo bien lo que luché y cómo se reían de mis ambiciones, con cariño, sí!, pero no por eso menos burlas. Sólo le puedo decir una palabra: ¡trabajo! ¡Pero trabajo del bueno! No sobre la mesa del café. En la otra, donde no importa el tamaño, siempre será chica para los sueños... ¡la única! Y si el ambiente de aquí no da, pues buscarse otro: México, Brasil, Buenos Aires..., si la pieza es de valía, ya habrá de retornar, consagrada, a Panamá.

—¿Cómo ve usted a José Quintero dentro del panorama teatral del mundo?

—¿Quiere realidad o fantasía? —una risa de los presentes acoge la ocurrencia y José Quintero se compone—. Sin caer en el pecado de la inmodestia y ya que usted lo pregunta, voy a darle mi opinión en forma que considero realista. Creo que José Quintero es uno de los directores más importantes.

—¿Cuántas obras lleva dirigidas, cine y ópera incluidos?

—Aproximadamente treinta.

—¿Qué opinión le merece Dürrrenmatt?

—Curioso que lo pregunte. La noche antes de mi salida hacia Panamá, Thornton Wilder y yo comentábamos en

—¿En casa las excelencias de "La Visita". El tuvo más suerte que yo al verle puesta en Alemania. Lo que yo ví en Nueva York y el original eran dos cosas distintas. Düerrenmatt pertenece a un movimiento que incluye a Genet, Ionesco, Beckett entre los europeos, y a Edward Alby, Richardson entre los norteamericanos. Este movimiento procura sacar al teatro de las casillas establecidas en la era victoriana.

—¿Cómo será la obra de mañana?

—Ah, yo no sé. Si supiera, yo mismo la escribiría.

—¿Escribe usted?

—Teatro no. Pero estoy trabajando en un libro que es en parte autobiográfico y en parte crítica de teatro.

—¿Le gustaría actuar?

—Sólo en mi vida privada.

—¿Mantiene usted relaciones con la gente de teatro de México?

—Sí, mantengo correspondencia con ellos, aunque nunca he trabajado allá.

—¿Le gustaría hacerlo?

—Mucho, muchísimo. Me encanta México.

—¿Le gustan los toros?

—De los espectáculos teatrales que conozco, ése es el más completo, con fantasía, simbolismo y tradiciones propias. Y, al igual que el drama de Cristo que hace la Iglesia para la Semana Santa, en las corridas también hay gran participación de masas. ¡Es algo fabuloso!

José Quintero termina el refresco. Sus ojos se han iluminado al hablar de un tema que le apasiona, en su doble condición de aficionado y director teatral.

—...Yo he aprendido mucho de esos dos grandes espectáculos y me han servido enormemente para mi carrera. En el uno, se dramatiza la muerte del hombre; el otro dramatiza la presencia de la Muerte. Sí, porque es la única representación en el mundo donde una equivocación cuesta la vida del primer actor. Un hombre que se enfrente a la

muerte y la conquista con gracia, con estilo, cambiando la personalidad en el proceso. Porque mire, de una postura masculina como es la del hombre y la espada, se pasa a otra, casi femenina: la del hombre y la capa, coqueteando con la parca. ¡Es el espectáculo más grande del mundo!

—¿Nombre predilecto?

—Déjeme ver... Joselito Huérta!

—Gracias, José Quintero.